

EDICIÓN CASTELLANA DE LA CORRESPONDENCIA DE NIETZSCHE
VOL. IV: 1880-1884

Spanish Translation of Nietzsche's Letters, 1880-1884

Marina Abad Pérez-Padilla

Universidad de Málaga

Friedrich Nietzsche

Correspondencia IV: Enero 1880 – Diciembre 1884

trad., introd., notas y apéndices de Marco Parmeggiani

Madrid: Trotta, 2010 – ISBN: 978-84-9879-125-9

627 pp. 23x14,5 cm

Este nuevo volumen de la *Correspondencia de F. Nietzsche*, publicado por Editorial Trotta, contiene la traducción de las cartas, tarjetas postales y esbozos redactados por Nietzsche entre enero de 1880 y diciembre de 1884. Es una edición impecable realizada por Marco Parmeggiani sobre la base del volumen VI de la KSB, que a su vez es una reproducción, página por página, de KGB, sección III, vol. I.

Los años de 1880 a 1884 ocupan un lugar crucial en la trayectoria vital e intelectual de Nietzsche. En ellos empezó su vida de «filósofo errante» y alcanzó su plena madurez filosófica, estableciendo las bases del proyecto filosófico que se dedicaría a desarrollar hasta sus últimos días. Son los atribulados años de concepción y composición de *Aurora*, *La gaya ciencia* y *Así habló Zaratustra*. En ellos aparecen ya los temas fundamentales de su pensamiento: la crítica a la moral y al cristianismo (en sus propias palabras, la más radical nunca llevada a cabo), la rehabilitación de la apariencia (en contra de toda la tradición filosófica), la transvaloración de todos los valores, el superhombre, la voluntad de poder y el eterno retorno. Estas cartas enviadas a sus amigos y familiares nos desvelan la dimensión más vital de su pensamiento, pues en ellas descubrimos hasta qué punto sus reflexiones filosóficas arrancaban de hondas experiencias y motivaciones personales. Estos años contienen también muchas vicisitudes que marcaron la vida de Nietzsche, como la situación de soledad e incomprensión, los conflictos familiares, y su relación con Lou von Salomé y Paul Rée. Precisamente de la experiencia traumática que supuso la ruptura de esta profunda amistad y de la enorme tarea de «trasformar el fango en oro», nacerá el *Zaratustra*.

Demos un repaso a los temas más importantes que aparecen en este epistolario, para ver así no sólo su interés sino también su relevancia filosófica.

En primer lugar destaquemos la famosa relación que Nietzsche mantuvo con Lou von Salomé. El «asunto Lou» coincidió con el proceso de preparación para la

impresión de *La gaya ciencia* (en agosto de 1882, durante su estancia conjunta en Tautenburg; uno de los primeros ejemplares será para Lou) y la concepción de la primera parte de *Así habló Zaratustra*, junto con los primeros apuntes destinados a él. Las dificultades para establecer, no sólo los detalles del asunto, sino, lo que más importante, las motivaciones de cada parte, han resultado ser, tras años de investigación, infranqueables. Estas investigaciones sólo han servido para descubrir sobre qué cúmulo de autoengaños y disimulos construye cada ser humano su propia vida y personalidad (lo que, nietscheanamente, no debe ser entendido sólo en un sentido negativo). Si tradicionalmente se le había imputado a Elisabeth y a su mojigatería toda la responsabilidad en las manipulaciones de las informaciones y datos (cartas manipuladas o destruidas, calumnias ¿inculcadas? al hermano y a los parientes y amigos cercanos), investigaciones posteriores, integrando los resultados de los distintos ámbitos biográficos, han podido establecer una dosis no menor de responsabilidad en los testimonios ofrecidos por Lou Salomé en sus libros y cartas. Ante este cúmulo de informaciones sesgadas por ambas partes, donde en detalles importantes carecemos de cualquier punto de apoyo firme que nos pueda servir para separar las falsificaciones de la información auténtica, se vuelve una empresa vana o especulativa, cuando no un ejercicio de pusilánime cotilleo, el intentar establecer las causas reales de los acontecimientos. A esto se añade la pérdida de una gran parte de los documentos (manuscritos, cartas), destruidos, al parecer, por los familiares, debido a las informaciones delicadas que debían de contener. Principalmente en dos ámbitos: las cartas de Lou (y también de Paul Rée, aunque no tanto) recibidas por Nietzsche, de las que se conservan sólo tres, y cuya pérdida impide un conocimiento fundamentado de las motivaciones de la joven; y, por otro lado, la pérdida de todas las redacciones previas de la primera parte del *Zaratustra*, que coinciden con la segunda parte del asunto Lou y el momento de la ruptura. Seguramente estos manuscritos fueron destruidos porque contenían cartas contra los familiares de Nietzsche y testimonios sobre el asunto Lou. La labor sistemática de eliminación de testimonios comprometedores y el intento de tapar todo lo posible la fractura que el asunto Lou produjo entre Nietzsche y su familia queda documentada, pues, por lo excepcional de la pérdida de tantos manuscritos (lo que no ocurre en otra época) y por las falsificaciones de cartas de esta época a las que Elisabeth Nietzsche se dedicó especialmente, que se publican en un apéndice aparte como «Cartas dudosas».

Lo cierto es que, como queda expresado con claridad en las cartas, Nietzsche fue el primero que quiso olvidar cuanto antes el asunto y fustigó cualquier intento de buscar las motivaciones ocultas de tantas conductas y personas. Esto provocó repetidos enfrentamientos con la hermana durante los meses e incluso los años posteriores: le resultó indiferente llegar a conocer la verdadera versión de la historia. A estas dificultades se añade el hecho de que el mismo Nietzsche, *a posteriori*, ofrece en sus cartas una versión de la historia que no concuerda con sus propios testimonios contenidos en las cartas de la época. No sabemos si por disimulo hacia el exterior (parientes y amigos) o como resultado de un largo proceso de autoconvencimiento. Así, declara que el asunto Lou nunca tuvo que ver con un amor, ni siquiera con un «pequeño amor», sino con algo muy distinto, aunque pudiese dar lugar a un lazo afectivo y de confianza muy fuerte. Él vislumbró en Lou la posibilidad de realizar lo que, desde hacía años, iba buscando y que, a partir de *La gaya ciencia*, se volvió apremiante: conseguir un discípulo

capaz de heredar el núcleo más escondido de su filosofía y de proseguir la tarea de desarrollarla más allá y después de él. La importancia del discipulado era tan grande que Nietzsche, en una reminiscencia de la platónica carta VII, no dudaba en afirmar: «Dicho brevemente, necesito discípulos *mientras viva*: y si los libros que he escrito hasta ahora no funcionan como anzuelos, ‘pierden su misión’. Lo mejor y más esencial sólo se deja comunicar *de persona a persona*, no puede y no debe ser ‘público’» (carta 553).

Como bien señala el traductor, la ruptura de relaciones con Lou, y las causas que la provocaron por parte de Nietzsche, tuvieron más que ver con el sentimiento de haber sido objeto de comportamientos tramposos, que objeto de una traición amorosa. Es decir, no de un cambio repentino de actitud y sentimientos de Lou hacia él, sino de un fingimiento permanente casi desde el principio, que lo mantuvieron engañado acerca de los sentimientos y la personalidad de los dos amigos. Tramposos en un doble plano. Engaño de la confianza que Nietzsche había depositado en Lou y Paul Rée. En este último ya desde hacía muchos años había encontrado Nietzsche a un auténtico «compañero en la creación» (según la imagen posterior del Zaratustra), lo que queda testimoniado y afianzado por las cartas. Por ello, el descubrir que había sido objeto de un trato hipócrita por parte de su amigo Rée y Lou, de burlas y escarnio a sus espaldas, fuesen o no verdaderas estas informaciones (algo que, como hemos dicho, no queda claro y cuyo esclarecimiento obvió voluntariamente), provocó en él un sentimiento insoportable de engaño y trampa. La confianza que, de manera tan excepcional, deposita un solitario en otra persona no puede verse defraudada de una manera tan burda. Pero, por otra parte, conducta tramposa de Lou también, en cuanto a su personalidad. En los famosos ratos pasados a solas en Tautenburg, Nietzsche descubre que Lou había querido hacerse pasar por lo que no era: descubre la radical diferencia de carácter y de mentalidad que lo separaban de ella. Lou se había presentado a sí misma, en sus repetidas declaraciones, en sus poemas, etc., como una naturaleza heroica, cuyo lema vital era el «heroísmo del conocimiento», al que «continuamente, cada día, cada hora, le sacrificaba una parte de sí misma» (carta 362). Pero en un momento dado comete un desliz y delata su verdadera forma de ser: «Ella misma me ha dicho que no tiene moral — ¡y yo he creído que, como yo, poseía una moral *más rígida* que cualquier otro!». La falta de honestidad de Lou, precisamente ella, tan desprejuiciada frente a la opinión social, provocaron una profunda indignación en Nietzsche: «Creía haber visto en Lou a una naturaleza parecida». Ni águila ni león, Lou revela ser un gato cuyo egoísmo ramplón sólo busca diversión sin límites, incluso en las cuestiones más altas, las «cuestiones morales». Y, por su parte, Nietzsche desvela a las claras el papel que juega el heroísmo en su forma de ser, en su vida y en su «ética»: «El heroísmo consiste en el sacrificio y en el sentido del deber de cada día, de cada hora, y por tanto en *mucho más*: el alma debe estar toda llena de una sola cosa, y la vida y la felicidad deben parecer indiferentes en comparación».

Por lo que se deduce de las cartas, lo primero que le impresionó fuertemente de la personalidad de Lou, y que posteriormente siguió dejando su huella, fue su carácter completamente desprejuiciado, en asuntos intelectuales y morales, pero también en cuestiones sociales y sexuales, especialmente para aquella época y para las relaciones a las que Nietzsche estaba acostumbrado, con una ausencia total de pudor hacia el sexo opuesto. Así le entusiasmó la idea de romper con las

estrechas convenciones sociales y establecer una libre comunidad entre ellos tres, para dedicarse a la investigación y al estudio, en París y luego en Viena, aunque no sepamos qué alcance pudo tener en su mente.

No obstante, el poder de la reputación social demuestra ejercer un influjo muy fuerte, mayor de lo esperado, en el filósofo. Al comienzo, procuró mantener en secreto hacia su familia la relación. Una vez conocida, hizo lo mismo con sus rompedores planes, comentados en secreto con sus amigos más estrechos, pero la opinión social era tan fuerte que pronto se inclinó a la solución de proponer el matrimonio de Paul Rée y Lou para evitar habladurías. Quizás fuera esta debilidad demostrada por Nietzsche frente a la sociedad y a su familia lo que provocó el desencanto de la joven, debilidad que ella interpretó como una fractura, una falta de concordancia entre filosofía y vida, tanto más en el caso de Nietzsche.

El carácter fuertemente desprejuiciado de Lou también en el ámbito intelectual la dotaba, a los ojos de muchos, de una inteligencia muy aguda, sobre todo para las cuestiones filosóficas y morales. De ahí que a Nietzsche, desde el primer momento que la conoció, le pareciese una persona excepcional, la única que la «voluntad divina» (carta 236) le enviaría para transmitirle el núcleo más secreto de su filosofía. Pero, en el transcurso de pocos meses, el asunto representó una de las crisis más profundas que tuvo que afrontar Nietzsche y puso a prueba su capacidad de autosuperación. Tuvo la oportunidad de aplicar a la vida real esa lucha sin cuartel sobre la que poco a poco se estaba fraguando el *Zarathustra*: el combate contra el espíritu de venganza bajo todas sus formas, con el convencimiento de que al rencor y al resentimiento no se le puede dejar el más mínimo espacio en nuestra psique. Esto lo demostró Nietzsche, aquí sí, con ideas y hechos. Su objetivo fue convertir todo rencor y resentimiento, derivados de la confianza engañada, en todo lo opuesto, en *gratitud*, algo que sólo era posible, como diría en el *Zarathustra*, mediante la creación, es decir, si sabemos hacer de lo negativo un acicate para aumentar nuestra capacidad de hacer cosas. Sólo dos años después, a mediados de mayo de 1884, habiendo concluido ya las tres primeras partes del *Zarathustra*, puede por fin resumir, con desapego, toda la historia (carta 512).

Otro de los temas dominantes en este epistolario son las relaciones familiares. Durante estos años la relación con su familia sufrió sus crisis más profundas. A raíz del «asunto Lou», en noviembre de 1882 decidió cortar cualquier contacto personal y epistolar con su madre y su hermana. La hermana no cejaba en su empeño de instigar a Nietzsche en un asunto que él ya simplemente quería olvidar. Las ulteriores revelaciones (fundadas o no) provocaron en el mes de julio una terrible reacción en Nietzsche, que escribió una andanada de cartas atacando a Paul Rée y Lou Salomé, dirigidas no sólo a ellos sino incluso a la madre de Lou y al hermano de Rée. Era tal el tono de las cartas que Rée respondió con la amenaza de un proceso por calumnias. De cualquier modo, tras los momentos de cólera, Nietzsche lo dejó pasar, y con distancia y desapasionamiento resumió ya a mediados de agosto, en una carta a Ida Overbeck, todo el asunto (carta 449). El ultimátum a su hermana fue tajante: no volver a hablarle y contarle nada sobre el asunto, bajo pena de ruptura definitiva.

Otro de los motivos más fuertes de discusión familiar fue el compromiso de Elisabeth con el conocido propagandista y agitador antisemita Bernhard Förster, que había partido a Paraguay para fundar allí una colonia «aria».

Al dar la noticia, el *Times* del 1 de febrero lo calificaba como «el más conocido perseguidor de judíos» de Alemania. Este personaje ya era conocido por Nietzsche. Supo, gracias a Gersdorff, que en las conferencias de propaganda antisemita que Förster daba en Berlín, hablaba elogiosamente de él. Pero si algo no podía admitir era, al igual que con el editor de sus obras, Schmeitzner, esta vinculación tan cercana con el antisemitismo. A causa de ello, durante el invierno, Nietzsche rompió definitivamente toda relación epistolar con su hermana, «se puede ir al diablo — o, por mí, a Paraguay» (carta 482), le explicó indignado a su madre. También aprovechó para aclararle qué era lo que, antes que nada, quería evitar en el futuro: más malentendidos que dieran lugar a situaciones que perturbaran su trabajo. Para reemprender las relaciones exigió que se le tratara con la mayor cautela. A finales de septiembre se reestablecieron las relaciones con un nuevo encuentro de reconciliación con su hermana en Zúrich.

Como nos revela el traductor en su introducción, la relación de Nietzsche con su familia, y en concreto, con su hermana fue siempre ambivalente. Si, por una parte, esos largos períodos de ruptura los sentía como una liberación (carta 456), por otra parte, le costaba mantener, a pesar de la envergadura de los conflictos, una separación prolongada. Pese a la reinterpretación posterior que él hizo de esta relación y a la sentencia final de *Ecce homo*, las cartas de esas fechas revelan, entre líneas, la necesidad que sentía de contar con el apoyo de su familia. Sea por su enfermedad y sus largas crisis, sea por el tipo de vida retirada que exigía la elaboración de su obra filosófica, él necesitaba no sólo del simple apoyo material, sino también del emocional. Evidentemente, la hermana nunca fue la persona de su máxima confianza que ella retrata en sus libros, pero también es verdad que él sabía que podía contar con ella para confidencias (como su malestar ante la carta de la esposa de su gran amigo Overbeck, una vez más por el asunto Lou [carta 444]) e incluso para cuestiones delicadas, como la de presionar en persona al editor Schmeitzner (carta 430).

Otro de los temas recurrentes de estas cartas y dominantes en la vida de Nietzsche de estos años fue su enfermedad. El estado de su salud y el tiempo de cada momento, con el que iba ligado, es el tema obligado y principal en las cartas dirigidas a su hermana y a su madre, cuando no interfieren las discusiones familiares mencionadas. El estado de salud siguió empeorando estos años, con crisis periódicas fortísimas. Son crisis que sobre todo le sobrevenían tras los intensos períodos de creatividad (carta 444). Por ejemplo, en marzo de 1883, tras la terminación de la primera parte del *Zaratustra*, su salud empeoró y todo, la existencia entera, se le hizo tediosa, *dégoutant* (carta 393). Las expresiones de esta «negrísima melancolía» son asombrosas: «Mi vida es un *malogro* en todos los aspectos fundamentales, en cada instante siento que es así — como también siento que tenía que ser así, y que ésta es mi única 'forma de existencia'» (carta 390). Pero en cuanto el tiempo genovés mejora, también lo hace la salud, y el estado de ánimo sufre una transformación radical: «Olvide y queme enseguida todas esas estúpidas cartas que le he escrito este año, y no crea una palabra de todo lo que puede decir una persona enferma», le decía a su amigo Köselitz (carta 397). En ese mismo verano, en agosto, tras la terminación del *Zaratustra II*, que supuso un importante avance, hallamos un testimonio de la gravedad cada vez mayor de sus crisis, un testimonio que resulta sobrecogedor conociendo las vicisitudes posteriores: el haberse sentido por momentos al borde de la locura (carta 457). En noviembre, antes de trasladarse a

Niza, su estado de salud volvió a padecer una crisis profunda. Sufría un ataque tras otro, la visión empeoró notablemente y cada día presentaba una historia propia de sufrimientos, con momentos en que desesperado exclamaba: «Ya no sé qué hacer». La impresión que tenía de su vida era de que se le iba escapando, «miserable y alejada de cualquier circunstancia favorable» (carta 473).

Para sus estancias invernales, llega un punto en que Nietzsche cambia Génova por Niza. El lugar ideal que había sido Génova para sus inviernos se le vuelve ruidoso e incómodo, los senderos que lo conducían fuera de la civilización, le quedan a trasmano. Se sentía ya una persona demasiado conocida en la ciudad, y él necesitaba el anonimato. Como ciudad grande y moderna, Niza al principio le disgustó. Luego descubrió que eso mismo le permitía vivir a sus anchas, la gran ciudad lo «oculta» y tiene de todo, también los rincones tranquilos «a la italiana», donde se instala. Pero sobre todo fue el clima lo que produjo un beneficio inmediato en su estado físico y anímico. Recibió una dosis repentina de «luz plena» que produjo un efecto maravilloso, vivificante y «electrizante» en todo su organismo. Ese cielo azul permanente hizo desaparecer la sensación de presión en la cabeza que lo acompañaba desde su estancia en Naumburg. Pobre mortal martirizado, siempre al borde de la ansiada muerte, exclama: «Luz, luz, luz — para mí lo quiere decir todo, es así. —» (carta 475). «Estoy hecho para la luz: — es casi lo único de lo que no puedo prescindir *en absoluto* y que no puedo sustituir: la luminosidad de un cielo claro» (carta 476).

También ocupan un lugar principal sus amistades. Durante toda esta época, lo que lo hiere, de manera quizás menos intensa que los conflictos mencionados, aunque más persistente, era el no contar con nadie para intercambiar reflexiones sobre los temas que más le preocupaban en esos momentos cruciales. Habían pasado ya muchos años de privación de una compañía adecuada, que lo habían «minado y lacerado interiormente» (carta 473). En el otoño de 1883, se quejaba de no tener ayuda de nadie, de no contar con la posibilidad de conversar y alegrarse el ánimo con alguna persona. El caso es que, como dejan traslucir las cartas, el solitario de Sils-Maria necesitaba de la compañía humana más de lo que su imagen estereotipada da a entender. Algo que él sabía perfectamente. Ya hemos mencionado su insistencia en que ese tremendo estado de soledad fue siempre forzado, no elegido: «Pero sustancialmente sigo aferrado a la opinión de que me *espera* una profunda y estricta soledad, más profunda y estricta que nunca» (carta 415). Las amistades representaron muchas veces un contrapeso a las penurias de su salud y su familia: «En suma, nada me sería más necesario que las personas (por tanto, p. e., Roma)» (carta 473). Recordaba con nostalgia los momentos pasados en la primavera de 1883, tras el solitario trabajo de composición, donde, a pesar de las dolencias y la inestabilidad del tiempo, pudo disfrutar de «una vida muy movida», pasando «mucho tiempo en alegre compañía» (carta 418) en el círculo de Malwida. Por su propia confesión, las relaciones humanas le proporcionaban «impresiones *nuevas, frescas*» (carta 473), uno de los medios más eficaces para curarse de sus dolencias. Sus días de soledad eran una vez una bendición y otras un terrible peso que no tenía más remedio que asumir, repitiendo como un lamento: «Aquí no tengo contactos humanos» (carta 473).

Nietzsche nunca pretendió limar la extrema sensibilidad de su naturaleza, sino todo lo contrario; porque era el instrumento necesario para seguir avanzando en su tarea de conocimiento de la naturaleza humana, que servía de base a

su crítica de los valores morales tradicionales. De ahí su oscilación permanente entre el estoico «¡Endureceos!» y la epicúrea retirada de la sociedad, para salvaguardar su singular naturaleza (cartas 446 y 487). Como resultado, los buenos momentos pasados en sociedad eran pocos. En ella se sentía como deambulando «entre vacas». En contraposición a los Alpes, las «zonas bajas» donde se arracima la gente adquieren un significado anímico, le parecía haberse metido en los «establos» (carta 522). Sobre todo cuando volvió a ver a las viejas amistades de Basilea, en octubre de 1883 y en la primavera de 1884, la sensación de ahogo fue demasiado fuerte. Quizás su necesidad de impresiones nuevas y frescas lo llevaba a agotar pronto su interés por las personas: «Todo claro, pero también todo acabado», como le confesó a Lou Salomé (carta 269). La soledad de ermitaño no lo empujaba a rechazar todo trato social, sino más bien lo contrario, a buscar continuamente amistades nuevas, como es el caso de estos años.

Así, unas amistades se iban perdiendo a pesar de su solera e importancia, como la de Jacob Burckhardt, el principal adalid de su giro anti-wagneriano, que dejaba entrever a las claras su incompreensión hacia el nuevo libro (carta 522). O la de su antiguo compañero de batallas, con el que, más que ninguno, había compartido tantas penas y alegrías: Erwin Rohde, dominado ahora por un indolente descontento de sí mismo, en la soledad de un trabajo descorazonador como profesor en la Universidad de Tubinga. Lejos de todo proyecto de envergadura, se limitaba a refugiarse en el ámbito doméstico de su matrimonio. El compartir las pasiones y sufrimientos de una gran tarea, fuesen las del amigo, o cualquier otra, lo tenía imposibilitado de antemano (carta 504). Viejas amistades, también, reencontradas, como la de uno de sus amigos más antiguos, Paul Deussen, que había seguido con coherencia la senda schopenhaueriana por la que el amigo lo había espoleado en su juventud con tanto ahínco. La casualidad quiso que el envío de Deussen de su obra fundamental sobre el Vedânta coincidiera con la publicación del *Zarathustra I*, del que Nietzsche le envió un ejemplar. Aunque el amigo estaba ya instalado en una posición filosófica y vital para la que su filosofía representaba «casi el principio del mal» (carta 386), Nietzsche le manifestó su mayor admiración como persona. Considera a Deussen el caso opuesto a Rohde: alguien que ha sabido entregar su vida y emplear todas sus fuerzas para una sola tarea y una única meta (carta 389).

Hubo también nuevas amistades, muchas de ellas procedentes del círculo de Malwida, con las que Nietzsche mantuvo un contacto epistolar y personal. Resa von Schirnhöfer, una joven estudiante universitaria austriaca, amiga de Lou Salomé, que lo visitó en la primavera de 1884 en Niza y con la que planeó un viaje a Córcega para la primavera siguiente, que no se llevó a efecto por problemas económicos. Pero volvió a visitarlo en la primera mitad de agosto del mismo año en Sils-Maria. A Nietzsche le parecía una criatura divertida, que le hacía reír y se acostumbraba fácilmente a sus complicaciones. Otra amistad procedente de ese círculo es la de Heinrich von Stein, joven entusiasta schopenhaueriano, que con dificultad consiguió entender lo alejado que estaba el *Zarathustra* de su mentalidad. No obstante, la traducción de poemas de Giordano Bruno que le envió, como agradecimiento por el ejemplar del *Zarathustra III*, fascinó a Nietzsche. Stein le hizo una visita a finales de agosto en la Engadina y Nietzsche entrevió la posibilidad de que fuese su discípulo, por lo que Stein se comprometió a pasar los inviernos de trabajo con él en Niza. Pero el «maestro» expresó sus cautelas

ante las posibles consecuencias de su nueva filosofía: «*Stein* es aún demasiado joven para mí, yo podría estropearlo» (carta 471).

A lo largo del año 1884, en contra de lo esperado, Nietzsche se vio, poco a poco, objeto de admiración por parte de distintos círculos, incluso desde Norteamérica, lo que alivió su sensación de soledad. Aunque, a diferencia de otros ilustres predecesores, no cedió fácilmente ante estos elogios, sobre todo cuando eran desmesurados o iban desencaminados. Como es el caso de Paul Lanzky, director de un hotel en Vallombrosa, junto a Florencia, un «literato» que invitó repetidamente al filósofo. Las expresiones de «muy venerado maestro» que le dirigía por carta llegaron a causarle fastidio. En el invierno de 1884 compartieron pensión en Niza y su compañía no le resultaba muy entretenida, si bien tuviese muchísima predisposición hacia el «maestro». Y cuando le leyó el extenso ensayo que había publicado sobre su filosofía, a Nietzsche le causó tanto horror que lo obligó a «jurarle» que no volviera a escribir nada más sobre él. Un caso parecido fue, un año antes, el de Joseph Paneth, joven científico y fisiólogo vienés, también gran admirador de su obra, con el que tuvo un trato frecuente en Niza en diciembre de 1883. Tras marcharse, Paneth parece que tuvo la intención de aprovechar esas conversaciones personales con Nietzsche para hablar de su filosofía con autoridad, a un público cada vez más interesado, sobre todo en Viena. La respuesta de Nietzsche fue tajante e iluminadora sobre su posición ante la «fama», y le prohibió categóricamente que escribiera sobre él: «¡Guarde un buen recuerdo de mí y de nuestras conversaciones en la *riviera* provenzal!» (carta 511). Este caso tiene mucha importancia en cuanto a la transferencia de las ideas filosóficas. Joseph Paneth fue amigo íntimo de Sigmund Freud: es el amigo Joseph (José) que aparece en su obra crucial *La interpretación de los sueños*. Fue el segundo canal, junto con Lou Salomé, por el cual Freud tuvo testimonios de primera mano del pensamiento de Nietzsche. Por último, entre las nuevas relaciones estaba la de un músico, Friedrich August Bungert, pianista, director de orquesta y sobre todo compositor, que vivía desde hace años en Portofino. Le hizo una visita sin preaviso, en marzo de 1883, con la intención de conocerlo porque veía algo de «goethiano y griego» en él. Era un entusiasta de la Antigüedad griega, sobre la que se basaba su última ópera, *Nausicaa*. Al principio Nietzsche se entusiasmó con su persona y su música, sobre las que le escribe cartas encendidas a su compañero *in musicis*, Köselitz. Pero al poco tiempo de conocerla con más detenimiento, se dio cuenta de que no era el tipo de música que él deseaba: un estilo instrumental modelado sobre Schumann y Brahms, al que le faltaba la «*ossatura*», donde los temas musicales, el ritmo y la delineación de las frases se «disolvían»: un estilo que para él era el fiel reflejo en música del idealismo.

En el otoño de 1884, en su visita a Zúrich, tuvo mucho interés en conocer personalmente a su admirado Gottfried Keller, encuentro que tuvo lugar el 30 de septiembre. El resto de sus viejas amistades se mantenían fieles, como las de Malwida von Meysenbug, Köselitz y Overbeck (y su esposa). En estos años, la relación con Köselitz se volvió más estrecha. Overbeck seguía siendo su amistad más vieja y fiel, pero en realidad Köselitz era el único con el que podía discutir realmente de los temas que más le preocupaban, música y filosofía (carta 458), e incluso, sobre su nuevo libro, cuestiones de contenido y estilísticas. Además de la inestimable ayuda que, como hemos mencionado, le seguía prestando a la hora de pasar a limpio los manuscritos y corregir las galeras. Incluso fue en Köselitz

y en sus vicisitudes como músico en quien Nietzsche halló un caso paralelo al suyo (carta 370). En definitiva, el apoyo emocional exterior, que tanto echaba de menos Nietzsche, lo hallaba casi únicamente en el músico: «Usted, querido amigo, es de verdad uno de los nudos más fuertes que me mantiene amarrado a la vida» (carta 387). La opinión corriente desvaloriza la figura del músico frente a la del «verdadero amigo» Overbeck. Desde luego su aspecto de acólito resulta molesto, y es verdad que la convivencia personal, cuando se presentó, fue difícil, pero no me parece que Overbeck fuese para Nietzsche el gran amigo que algunos retratan. En las cartas de esta época se muestra como una amistad firme, sobre todo en lo material (era el que se ocupaba de la pensión de Nietzsche y de administrar incluso su dinero), pero la impresión es que Nietzsche echaba de menos una mayor empatía hacia lo más importante: su obra. La relación tiene un toque algo frío, y no faltan las quejas por la incomprensión que muestra hacia el *Zarathustra* (carta 444).

La presente edición consta de un extenso aparato crítico, que la hace si cabe aún más valiosa: una introducción, unos apéndices, un anexo y el aparato de las notas, que suman un total de 128 páginas. Para las notas, el traductor ha tenido en cuenta los dos volúmenes de aparato crítico de la edición crítica alemana: *Nachbericht zur dritten Abteilung*, en KGB sección VII, volumen VII, tomo 1: *Briefe von und an Friedrich Nietzsche Januar 1880 – Dezember 1884*, ed. de Norman Miller, 2003. Este aparato crítico proporciona explicaciones sobre acontecimientos, personajes y obras a las que Nietzsche hace referencia en sus cartas, y la descripción de los soportes físicos conservados. También contiene las correcciones al texto editado originalmente, como producto de los minuciosos trabajos filológicos de los años posteriores. Por ahora, las ediciones alemanas KGB o KSB no han sido reeditadas incorporando estas correcciones. En cambio, en esta edición española sí han sido introducidas las más importantes (términos, signos de puntuación, etc.), es decir, aquellas que pueden tener interés para el lector español. Además, el *Nachbericht* incluye una sección de *Nachträge* con *nuevas* cartas, que han sido incluidas según el orden de numeración asignado (se trata de todas aquellas que llevan una letra al lado del número). Por último, el *Nachbericht* ha aportado también una alteración en la datación y la cronología de las cartas. Igual que en la edición alemana, aquí se ha mantenido la numeración original de las cartas, para su más fácil localización, a pesar de que el lector podrá notar en algunos casos una disparidad entre la numeración y el orden cronológico correcto de las cartas.

Además de las notas, en la presente edición se añaden unos *Apéndices*, que aportan datos útiles para la lectura de las cartas. El *Apéndice 1* ofrece algunos apuntes sobre los lugares geográficos que más se citan en las cartas. El *Apéndice 2* ofrece breves informaciones biográficas sobre los destinatarios de las cartas. Y el *Apéndice 3* presenta un elenco, no exhaustivo, de la producción intelectual de Nietzsche en esta época (obras, conferencias, composiciones musicales, etc.). Además, se ha añadido un *Anexo* de cartas de dudosa autenticidad (16 pp.), que incluye las cartas de estos años que se conservan sólo en la transcripción de su Elisabeth Nietzsche, puesto que se perdieron los originales.

Destaquemos sobre todo la rigurosa, enjundiosa y atractiva introducción de 33 páginas, que no se limita a cumplir con su labor. Por el contrario, alcanza a ser una auténtica recreación de los años 1880-1884, resaltando los puntos y temas más destacados de la correspondencia. No sólo sirve para orientar al

lector a través de las 463 páginas sino también para descubrir las conexiones con las ideas filosóficas de Nietzsche y el sentido conjunto de su obra.

Por último, la traducción está muy cuidada, tanto en su redacción castellana como en su fidelidad al texto alemán original. La lectura del volumen, como se ha destacado, tiene una gran relevancia filosófica, pero también constituye un auténtico placer estético. Parecería una novela biográfica escrita en primera persona y de manera epistolar, sobre la vida de Nietzsche en esos años tan cruciales de su desarrollo intelectual. Incluso el hecho de que sólo figuren las cartas de Nietzsche termina siendo una ventaja, pues permite una coherencia de tono y estilo que la inclusión de las cartas de los destinatarios a Nietzsche habría roto sin remedio (de todos modos la información básica para entender las correspondencias las encontrará el lector en las notas).